

Trazos para una decolonización de la teoría política *

Sergio Angel Baquero **
Juan Carlos Rico Noguera ***

Fecha de envío: 15/7/2013

Fecha de aceptación: 18/12/2013

1. Introducción

Las ciencias sociales de hoy son un invento del siglo XIX que es posible en virtud del lugar superior que la ciencia natural adquirió por encima de la filosofía. Los avances científicos, así como su legitimidad y la necesidad creciente de los Estados de conocer a su población en el siglo XVIII, fueron los hechos que terminaron en la separación entre la filosofía y lo que vendría a llamarse ciencia social. Quienes estudiaban la sociedad lo harían ahora desde la certeza que permitía el método científico y no desde las divagaciones filosóficas de antaño.

La institucionalización de las ciencias sociales se caracterizó por cuatro elementos que permiten entender en gran medida tanto las fortalezas como las debilidades de esta esfera del conocimiento humano – de acuerdo con Wallerstein existen tres esferas del conocimiento

*Este artículo es un producto preliminar del proyecto de investigación “Avatares investigativos y formativos de la Ciencia Política en Colombia: hacia una revisión de la disciplina en su periodo de consolidación (1995-2010)” adelantado con la Universidad Sergio Arboleda de Colombia durante los años 2012 y 2013.

**Profesor de Tiempo Completo de la Escuela de Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Sergio Arboleda. Miembro del Grupo de Análisis Político, G.A.P., de la misma Universidad, y del grupo de Investigación Cultura Jurídico-política, Instituciones y globalización de la Universidad Nacional de Colombia. Magíster en Estudios Políticos del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia; correo electrónico: sergio.angel@usa.edu.co

***Estudiante de la Escuela de Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Sergio Arboleda, noveno semestre. Asistente de investigación en el proyecto “Avatares investigativos y formativos de la Ciencia Política en Colombia: hacia una revisión de la disciplina en su periodo de consolidación (1995-2010)”. Asistente de investigación en la investigación “Caracterización de la especificidad disciplinar de la Ciencia Política en Colombia: Una revisión de la Resolución 466 de 2007 del Ministerio de Educación Nacional”.

humano: la esfera de las ciencias naturales, la esfera de las ciencias sociales y la esfera de las humanidades. El primer elemento a tomar en cuenta es la distribución geopolítica de las ciencias sociales en sus inicios. Al principio, las ciencias sociales se produjeron y reprodujeron en cinco puntos: Gran Bretaña, las Alemanias, las Italias, Francia y Estados Unidos (Wallerstein 1996). Los clásicos de todas las ciencias sociales, en su mayoría, fueron escritos en estos cinco territorios. Esto marcó de forma evidente la manera en que hoy se entiende la sociedad.

El segundo elemento importante es la gran cantidad de temas y disciplinas que alimentaron a las nascentes ciencias sociales en el curso del siglo XIX. Principalmente, la ciencia social se caracterizó por tener en su seno cinco disciplinas diferenciadas: La sociología, la economía, la ciencia política, la antropología y la historia (Wallerstein 1996). La sociología se encargó de estudiar los procesos de la sociedad civil; la economía se encargó de entender el funcionamiento del mercado; la ciencia política se encargó de separar lo político de lo económico para estudiarlo como algo independiente; la antropología estudió las civilizaciones y las tribus del mundo no europeo; y la historia recopiló la vida de las naciones, de los pueblos.

El tercer elemento importante de la institucionalización de las ciencias sociales fue el enorme esfuerzo por diferenciar los métodos y las preocupaciones de los componentes de la ciencia social (Wallerstein 1996). El método fue de gran importancia en esta división, pues las disciplinas nomotéticas – todas menos la historia – arguyeron la necesidad de descubrir las leyes generales del comportamiento social mediante el uso de la hipótesis, la prueba, y la réplica. En otras palabras, todo lo que permitía alcanzar la certeza en las ciencias naturales era lo que se apreciaba en las ciencias sociales, y la manera de llegar a tal certeza era una definitiva línea divisoria entre las disciplinas.

El cuarto elemento vital en la institucionalización de las ciencias sociales fue que este proceso “*tuvo lugar en el momento en que Europa estaba finalmente confirmando su dominio sobre el resto del mundo*” (Wallerstein 1996, 32). Lo anterior llevó a preguntarse por la superioridad relativa del proyecto europeo sobre el resto de las culturas, lo que terminó en explicaciones de tipo darwinista que hasta hoy se utilizan para entender el desarrollo como un proceso que empezó en la antigüedad y terminó en la sociedad moderna europea. La sociedad moderna europea representa la culminación de la razón universal de acuerdo con los más enigmáticos pensadores de la modernidad – piense en autores como Kant, Hegel o hasta Marx. Debido a que la sociedad liberal europea es la manifestación de la razón universal, los conceptos y teorías desarrollados para estudiarla son los conceptos y teorías que deben utilizarse para estudiar otras sociedades (Lander 2000). Así, Europa se convirtió en el referente para la medición de todo el mundo. Lo razonable y por tanto deseable estaba en Europa,

lo salvaje e indeseable se repartía por el resto del mundo, y era deber de la ciencia social explicar tal estado de cosas – con referentes históricos y culturales de Europa, medida del mundo – para encontrar la mejor forma de llevar la civilización a los desdichados bárbaros.

En este sentido, hay que tener en cuenta que los elementos que acaban de enumerarse, si bien fundaron las ciencias sociales, hoy son solo una posición más que refleja la tensión dentro de las discusiones epistemológicas de ésta esfera del conocimiento. Para lo que interesa a este trabajo, hay dos realidades que confrontan los elementos de más arriba: la validez de las divisiones al interior de las ciencias sociales y el provincialismo de las ciencias sociales (Wallerstein 1996). La validez de las divisiones al interior de las ciencias sociales ha sido confrontada por la importancia que desde mitad del siglo XX ha ganado el trabajo multidisciplinario, y más recientemente el interdisciplinario; el provincialismo de la ciencia social, llamado también eurocentrismo, se ha evidenciado con las voces emergentes de los históricamente ignorados – la mujer, los trabajadores, los indígenas, los negros. En otros términos, los subalternos, que a pesar de los intrincados métodos utilizados para hacer más “científica y positiva” a la ciencia social, han afirmado la futilidad de esos intentos a la hora de entender su realidad. El feminismo y los estudios subalternos y poscoloniales son solo algunas muestras de esa realidad relativamente nueva.

Estas realidades que confrontan los hitos fundacionales y la manera tradicional de hacer ciencia social han tenido importantes ecos en América Latina. Edgardo Lander, que ha estudiado las instituciones universitarias y su relación con el eurocentrismo, ha sostenido que el problema de adoptar a Europa como un referente para entender y medir el mundo es mucho más complejo que una mera confusión metodológica. Dirá que el metarrelato moderno de la universalidad de Europa es un dispositivo de conocimiento colonial e imperial en el que cabe todo tiempo y espacio como parte de la organización colonial e imperial del mundo (Lander 2000). En otras palabras, no sólo se espera comprender, se espera dominar. A este aspecto opresor de la forma de conocer moderna se le dio el nombre de “colonialidad del saber”, que no es otra cosa que el entendimiento del eurocentrismo como la única forma de saber legítimo y el desconocimiento de los saberes producidos por otras culturas (Walsh 2007).

Lo sostenido por Lander hace referencia a las críticas que desde disciplinas como la sociología, la antropología, y la historia se están llevando a cabo sobre el cuerpo de las ciencias sociales¹. De manera

¹En la sociología autores como Walter Mignolo, Anibal Quijano o Edgardo Lander han trabajado el problema de la construcción eurocéntrica de las ciencias sociales. En la antropología Edgardo Lander. En la historia, autores como John Beverley también han aportado. Es importante tener en cuenta que los esfuerzos por abandonar el provincialismo propio del eurocentrismo se mezclan casi que de manera orgánica con los esfuerzos por abandonar las restrictivas fronteras disciplinarias, por lo que es fácil que

que, en medio de este debate ¿Dónde queda la ciencia política? En los últimos años, fuera de estar sintonizada con problemas como las fronteras disciplinares o el provincialismo de sus productos, ha estado reeditando en su interior la pugna entre quienes defienden el curso nomotético de la ciencia social y quienes prefieren el camino ideográfico – Este debate se dio en todas las ciencias sociales en los años posteriores de la segunda guerra mundial (Wallerstein 1996). Los primeros resaltando las ventajas del enfoque analítico y positivista sobre lo político; y los segundos resaltando sus debilidades, mostrando las dificultades de la disciplina para aprehender el cambio y para aceptar la relación saber-poder; punto esencial en el debate sobre el eurocentrismo de las ciencias sociales.

Éste debate se ha inclinado en gran medida hacia el lado analítico y positivista, lo que ha terminado por afectar de manera negativa a la subdisciplina de la ciencia política más cercana a la crítica tanto del provincialismo como de las cercas disciplinares: la teoría política. Éste campo de estudios es de vital importancia dentro del debate por dos razones: En primera instancia fue la disciplina que diferenció a la ciencia política del derecho hasta la aparición de la revolución conductista, es decir, fue su hito fundacional (Wallerstein 1996); y en segunda instancia, es la alternativa más clara que presentan los contradictores de la ciencia política positivista a sus métodos y usos (Kasza 2006). La razón de lo anterior es su método hermenéutico y su ánimo crítico en las esferas de lo político y de lo epistemológico. También es debido a su cercanía con las humanidades, lo que permite que sea una puerta de entrada para preocupaciones y estudios que desbordan las posibilidades de los métodos positivistas (W. Brown 2010). Es así como realidades como el patriarcado, el sistema capitalista, el sistema mundo moderno colonial, por solo nombrar algunas, entran en el campo de análisis de los politólogos.

Ahora bien, teniendo en cuenta lo anterior, resulta pertinente preguntar si la teoría política escapa por completo al eurocentrismo problemático de las ciencias sociales, pues es, entre otras cosas, lo que se busca superar con la crítica al enfoque positivista. Después de todo, es una pregunta legítima, ya que la misma teoría política en el momento en que funda a la ciencia política lo hace acudiendo a la tradición filosófica que desde los griegos existía para dar sentido al mundo político que surgía a nivel global bajo el dominio europeo del mundo en el siglo XIX (Wallerstein 1996). Este trabajo preguntará entonces: ¿Es acaso la teoría política, desde sus planteamientos epistemológicos, una disciplina eurocéntrica?

En este orden de ideas, se sostendrá a manera de hipótesis que la teoría política, es desde sus fundamentos epistemológicos una disciplina eurocéntrica, y que este hecho puede evidenciarse bajo lo

los autores antes mencionados transgreden las fronteras de las disciplinas mencionadas.

que Edgardo Lander llamó la “colonialidad del saber”. Esto se debe al evidente vacío reflexivo alrededor de las propuestas realizadas desde el sur global, que se ve al examinar las líneas de trabajo de la teoría política y su historia en el seno de la ciencia política.

Dicho esto, el presente artículo se dividirá en tres partes: en primer lugar, se presentará el marco teórico donde se dará la conceptualización de lo que habrá de entenderse por colonialidad del saber; en segundo lugar, se expondrá lo que se entiende por teoría política, junto con un repaso de su historia y principales debates; y en tercer lugar, se analizará lo expuesto en la sección de la teoría política a la luz de la colonialidad del saber.

2. La colonialidad del saber

Antes de abordar propiamente el concepto de “colonialidad del saber”, lo más conveniente es contextualizar el debate sobre la modernidad/colonialidad. El debate sobre la modernidad/colonialidad, si bien ha ganado relevancia en los últimos diez años en facultades de sociología, antropología o literatura en América Latina, tiene un pasado que vale la pena mencionar. Arturo Escobar rastrea el origen de estas discusiones en los debates sobre modernidad y posmodernidad de los años ochenta, el debate sobre la existencia de una filosofía latinoamericana y los debates generados por los estudios subalternos, que tomaron fuerza en los años noventa (Escobar 2003). Son también de vital importancia en la formación de las preocupaciones actuales sobre la modernidad y la colonialidad, según Escobar, la filosofía de la liberación, la teología de la liberación, y la teoría de la dependencia. Estas discusiones son en gran medida las que han terminado por inspirar el concepto de modernidad/colonialidad, así como a la cantidad importante de intelectuales y académicos que han reflexionado sobre él.

Los estudios de la modernidad/colonialidad surgen como una reacción a las miradas intramodernas de la modernidad, es decir, las miradas auténticamente provincialistas sobre ésta temporalidad histórica. Arturo Escobar sostendrá que los estudios de la modernidad/colonialidad – concepto utilizado para reemplazar el de modernidad – proponen cinco preocupaciones que pueden llevar a la superación de la visión eurocéntrica y provincialista sobre la época moderna.

1. un énfasis en localizar los orígenes de la modernidad en la Conquista de América y el control del Atlántico después de 1492, antes que los más comúnmente aceptados mojones como la Ilustración o el final del siglo XVIII;
2. una atención persistente al colonialismo y al desarrollo del sistema mundial capitalista como constitutivos de la modernidad;

esto incluye una determinación de no pasar por alto la economía y sus concomitantes formas de explotación;

3. en consecuencia, la adopción de una perspectiva planetaria en la explicación de la modernidad, en lugar de una visión de la modernidad como un fenómeno intra-europeo;
4. la identificación de la dominación de otros afuera del centro europeo como una necesaria dimensión de la modernidad, con la concomitante subalternización del conocimiento y las culturas de esos otros grupos;
5. una concepción del eurocentrismo como la forma de conocimiento de la modernidad/colonialidad (Escobar 2003, 60).

De los puntos que Escobar resalta de los estudios sobre la modernidad/colonialidad, los que interesan a este trabajo son dos: el referente a la subalternización del conocimiento Otro, y el referente al eurocentrismo como la única forma válida de conocimiento en la modernidad/colonialidad. La subalternización del conocimiento Otro ha sido un tema trabajado en gran medida bajo lo propuesto por Anibal Quijano y Walter Mignolo, el primero con su concepto de la “colonialidad del poder”, y el segundo con su revisión a lo que él ha llamado “el discurso de limpieza de sangre”.

La colonialidad del poder es el mecanismo de dominación y control que articula la raza, el trabajo y la creación de instituciones para mantener la hegemonía de Europa sobre el resto del mundo. Este sistema de dominación y control nació en el siglo XVI, momento crucial en la historia debido a que es el instante en que nace el primer sistema mundo, regido por el capitalismo y cuyo centro estaba ubicado en el circuito comercial del Atlántico (Quijano 2000). La división del trabajo se construyó alrededor de la idea de la raza, y la idea de la superioridad de la blanca sobre las demás se logró mediante la supresión de los saberes tradicionales de los dominados. La lengua salvaje se reemplazó por la civilizada, el mito por la religión, las construcciones de barro por las de piedra. La vida entera de los dominados fue reemplazada por la de los dominadores, dándoles a ellos el poder de controlarlo todo en virtud de su saber pretendidamente superior ¿pero cómo fue que los conquistadores asumieron que su saber era superior y digno de ser impuesto? La respuesta es el discurso de limpieza de sangre de acuerdo con lo planteado por Walter Mignolo.

El discurso de la limpieza de sangre fue la consecuencia de la implicación la iglesia católica en la conquista de América. De acuerdo con el dogma del momento heredado de los clásicos griegos, el mundo se dividía en tres partes: Europa, Asia, y África. Cada uno de esos territorios era dominado por los descendientes de los hijos de Noé, que heredaron la tierra tras el diluvio universal. En consecuencia, las

tierras de Dios eran Europa, Asia y África, y los hijos de Dios vivían en ellas. La aparición de un cuarto continente indicó un problema para las autoridades eclesiásticas, y la definición jurídica de los aborígenes también. La solución del asunto fue entender a América y a los aborígenes como una extensión del territorio de Jafet – el hijo de Noé que heredó Europa –(Castro-Gómez 2005). Los hijos de Jafet debían poblar entonces la nueva tierra con el derecho de utilizar sus recursos, seres humanos incluidos, aunque en el momento no fueran entendidos como tales. La superioridad epistémica estaba dada por la sangre de quienes ostentaban la herencia divina. El conocimiento era monopolio de la descendencia de Jafet. Un ser que no pertenecía a la estirpe de Dios nada podía decir que no supiera ya el que sí pertenecía a ella, a menos que fueran juicios falsos, producto de su origen no iluminado.

Habiendo repasado rápidamente lo dicho por Quijano y por Mignolo, puede decirse que la subalternización del conocimiento Otro, en este caso el conocimiento de los nativos amerindios, es un proceso que pretende dar un estatuto superior al conocimiento producido en Europa. Pero además de otorgar un aire de superioridad al conocimiento europeo sobre los demás, pretende crear un dispositivo de poder anclado a la manera de conocer. Este dispositivo funciona en la medida de que lo europeo y su civilización es entendido como correcto, mientras que lo diferente a ese proyecto es incorrecto, y por lo tanto necesariamente reformulado. Abordado ya el punto de la subalternización del conocimiento Otro, se expondrá el segundo punto de interés para este trabajo: el eurocentrismo como forma de conocimiento de la modernidad/colonialidad.

El eurocentrismo en la modernidad/colonialidad ha sido extensamente tratado por autores como Enrique Dussel, Santiago Castro-Gómez, o Edgardo Lander entre otros. En lo que sigue de este apartado se expondrán de manera rápida los planteamientos de los tres autores alrededor del tema.

Enrique Dussel trabajó el tema del eurocentrismo como forma de conocimiento desde los años setenta con su famosa *Filosofía de la Liberación* (1975). De acuerdo con éste autor, occidente había creado un muro ontológico que impedía la realización de conocimientos que fueran formados en otros lugares del mundo, aludiendo a su inferioridad pre-moderna y tradicional (Castro-Gómez 2005). Si una filosofía de la liberación debía ser creada, ella debía romper con el muro ontológico de occidente para así dar paso a una filosofía distinta, en el caso de las preocupaciones de Dussel, una filosofía latinoamericana.

Entre los ochentas y los noventas Dussel le dio otra dirección a su planteamiento inspirado en el aporte fundamental de Immanuel Wallerstein a las ciencias sociales: el sistema mundo. A partir de allí, el muro ontológico de los setentas se identificó con el mito moderno (Castro-Gómez 2005). El mito moderno es la construcción discursiva que permitió a Europa administrar el mundo en su posición como

centro administrativo del mismo, posición que obtuvieron hasta el siglo XVI. De acuerdo con este mito, el mundo puede dividirse en dos partes, la civilizada y la bárbara. Europa representa el lado civilizado mientras el resto representa el lado bárbaro. Europa, en su posición superior, debe llevar la civilización al mundo bárbaro, culpable de su propia barbaridad, por los medios que sean necesarios. Dussel divide este mito en siete afirmaciones:

1. La civilización moderna se autocomprende como más desarrollada, superior (lo que significará sostener sin conciencia una posición ideológicamente eurocéntrica).
2. La superioridad obliga a desarrollar a los más primitivos, rudos, bárbaros, como exigencia moral.
3. El camino de dicho proceso educativo de desarrollo debe ser el seguido por Europa (es, de hecho, un desarrollo unilineal y a la europea, lo que determina, nuevamente sin conciencia alguna, la “falacia desarrollista”).
4. Como el bárbaro se opone al proceso civilizador, la praxis moderna debe ejercer en último caso la violencia si fuera necesario, para destruir los obstáculos de la tal modernización (la guerra justa colonial).
5. Esta dominación produce víctimas (de muy variadas maneras), violencia que es interpretada como un acto inevitable, y con el sentido cuasi ritual de sacrificio; el héroe civilizador inviste a sus mismas víctimas del carácter de ser holocaustos de un sacrificio salvador (el indio colonizado, el esclavo africano, la mujer, la destrucción ecológica de la tierra, etcétera).
6. Para el moderno, el bárbaro tiene una “culpa” (el oponerse al proceso civilizador) que permite a la “Modernidad” presentarse no sólo como inocente sino como “emancipadora” de esa “culpa” de sus propias víctimas.
7. Por último, y por el carácter “civilizatorio” de la “Modernidad”, se interpretan como inevitables los sufrimientos o sacrificios (los costos) de la “modernización” de los otros pueblos “atrasados” (inmaduros), de las otras razas esclavizables, del otro sexo por débil, etcétera (Dussel 2000, 49).

Para Dussel el mito moderno debe romperse, pero ello solo se logrará mediante un entendimiento mutuo entre dominados y dominadores, ambos con la manifiesta intención de abandonar esos roles en pos de la igualdad. Tal rompimiento daría paso a lo que Dussel denomina como “Transmodernidad”, una temporalidad consciente de las opresiones

de la era moderna y dispuesta a reconocer la coexistencia de cosmovisiones distintas, capaces de complementarse mutuamente.

Edgardo Lander, alimentado por la visión de Enrique Dussel y de Anibal Quijano, reconocerá que una de las consecuencias más importantes de la colonialidad del poder fue la creación de instituciones que permitieran mantener el control sobre el conocimiento y crearan legitimidad alrededor del mismo. El eurocentrismo trasciende el discurso para convertirse en una institución perfectamente visible que con los años se ha ido transformando. La encomienda, lugar donde los indígenas debían olvidar todo lo que los hacía ellos mismos para adoptar lo que los haría casi europeos, fue la primera institución con el fin de hacer de lo "europeo" una ley universal (Lander y Castro-Gómez 2000). Las universidades contemporáneas funcionan también como guardias y defensores del saber eurocéntrico, impidiendo que visiones del mundo diferentes alcancen la misma legitimidad. Son jueces que se encargan de descalificar todo lo que está más allá de sus métodos como algo mítico o provincialista. Este dispositivo de control sobre el conocimiento es bautizado por Lander como la colonialidad del saber.

Santiago Castro-Gómez trabajará el concepto de la colonialidad del saber bajo lo que él llama la *hbris* del punto cero. Para Castro-Gómez el mundo académico moderno se construyó sobre la ficción de la existencia de un punto cero, neutral y objetivo, que es capaz de analizar todo con independencia de talante divino (Lander y Castro-Gómez 2000). Castro-Gómez sostendrá que a pesar del provincialismo de la visión eurocentrada del mundo, ella pretende ser universal y definitiva, con lo que la universidad moderna peca, pues es imposible obtener una mirada orgánica del mundo en esas condiciones (y tal vez en cualquier condición). La desmesurada ambición del conocimiento eurocentrado debe olvidarse, pues ella es culpable en primer lugar de la exclusión sistemática de los centros de enseñanza básica y superior de miradas del mundo alternativas y autóctonas. Las políticas educativas deben centrarse en la creación de una enseñanza intercultural, donde las visiones modernas sean solo una más dentro de un campo tan plural como lo es el del conocimiento y la cosmovisión.

De acuerdo con todo lo dicho hasta el momento, puede decirse que la colonialidad del saber es un dispositivo de poder vinculado al conocimiento que nació desde el momento en que América fue colonizada por Europa. Su razón de ser es la justificación de la superioridad del proyecto civilizatorio europeo y la degradación de los demás, dejándolos en el mejor de los casos como imágenes gloriosas de lo que Europa fue pero ya superó – piénsese en la visión de oriente de la que hablara Edward Said en *Orientalismo* –. La colonialidad del saber se manifiesta hoy en la rígida estructura institucionalizada del conocimiento, donde de manera sistemática se invalidan los conocimientos subalternos mientras se eleva a un rango de objetividad mística el que es producido o se inspira en el europeo.

3. La teoría política

Cuando se habla de teoría política es inevitable hablar de ciencia política, pues es al interior de ésta disciplina que la teoría política ha venido funcionando desde finales del siglo XIX. Así pues, es necesario decir que la ciencia política en los últimos años ha venido teniendo un debate de grandes repercusiones epistemológicas en su interior. La tradición conductista está siendo retada por visiones críticas que esperan varios cambios en orden a superar los límites del positivismo; corriente epistemológica que ha dominado a la disciplina por medio siglo. Propuestas que van desde la recuperación de la historia y la teoría política como lugares esenciales para entender el acontecer político hasta la creación de una ciencia política fronética, son algunas de las alternativas que se plantean al establecimiento académico (Kasza 2006 y Schatzki 2006). La recuperación de la teoría política es una exigencia especialmente importante en este debate, pues en general ha sido vista como una de las únicas subdisciplinas resistentes al positivismo². Otro aspecto que resulta necesario de la propuesta referente a la teoría política es que sin ella la realización de una ciencia política orientada a la acción política creadora – la ciencia política fronética – sería imposible.

Pero ¿qué ha de entenderse por teoría política? Lo primero que habría que decir es que la teoría política no tiene una definición definitiva, y que ello tiene que ver con su característica de ser un campo del saber cada vez menos específico. Es más, de acuerdo con autores como Wendy Brown o Timothy V. Kaufman-Osborn, la teoría política es un conjunto polimorfo que se define mejor por lo que no es que por lo que es (Wendy Brown 2010). La razón de lo anterior es el enorme universo que puede encontrarse al interior de la teoría política, que va desde las actividades que hacen los representantes de ésta sub disciplina hasta las etiquetas que ellos mismos se ponen. En palabras de Kaufman-Osborn:

Si la teoría política se identifica con lo que sus practicantes hacen, parece que esta categoría incluye ahora, entre otros, el análisis textual, la teoría crítica, la teoría postcolonial, la teoría política comparada, la hermenéutica, la teoría normativa, la deconstrucción, la crítica cultural, la ética política, la genealogía, la consulta psicoanalítica, la historia del pensamiento político y el análisis lingüístico. Si, en su defecto, la teoría política se identifica por las etiquetas que sus practicantes son propensos a fijar en los otros, hay que

²La teoría política, desde la aparición del conductismo en Estados Unidos, ha tenido una historia de confrontación con el positivismo. Pero por momentos la teoría política ha intentado acomodarse a los estándares del empirismo, si bien nunca de manera total (De Shalit 2009).

añadir a esta combinación de acercamientos, entre otros, los demócratas radicales, nietzscheanos, republicanos, habermasianos, liberales, Straussianos, verdes, neo-aristotélicos, comunitaristas, marxistas (neo o de otra manera), postestructuralistas, rawlsianos, pragmáticos, pluralistas, y tal vez algunos anarquistas (Kaufman-Osborn 2010, 657)³

Sumado a lo sostenido por Kaufman-Osborn, con el paso del tiempo la teoría política ha venido cambiando, haciendo de ésta una subdisciplina cambiante hasta el punto de que no debe entenderse como una sola, sino más bien como un conjunto de influencias y maneras de hacer interpretaciones sobre el funcionamiento de la sociedad y la política.

Para entender la dificultad para la definición de la teoría política, es necesario repasar rápidamente la historia de este campo del saber político. Fernando Harto de Vera (2005) dirá que hay un problemático entronque entre la ciencia política contemporánea y la teoría política, y en orden a entenderlo debe abordarse su relación histórica mutua en Estados Unidos, el lugar de origen de la revolución conductista y centro global de la disciplina. Para Harto de Vera hay cuatro momentos diferentes en esta historia: el que abarca la mitad del siglo XIX hasta comienzos del siglo XX; el que se encuentra entre los principios del siglo XX y los años treinta y cuarenta; el que se estima desde los años cuarenta y los años sesenta; y el que abarca desde los años sesenta hasta hoy.

En el primer momento la teoría política se caracterizó por “*el estudio de los autores clásicos de la filosofía moral y de la ética, en relación con la política y el gobierno*” (Harto de Vera 2006, 158). Esta teoría política clásica se concentraría entonces en dar una visión normativa de lo político, y como sugiere Wallerstein, fue lo que en últimas diferenció a la ciencia política del derecho (Wallerstein 1996). En 1903, cuando oficialmente se configura la ciencia política como una disciplina profesional, la teoría política fue entendida como una de sus subdisciplinas. Debe resaltarse que desde la fundación de la APSA en 1903, la ciencia política buscó acercarse a las ciencias naturales en su anhelo de neutralidad y objetividad (Gunell 2006). Esto es un hecho importante para la teoría política, pues desde ese momento tendría que ir acomodándose a este hecho.

³El párrafo presentado corresponde a la traducción del original: “If political theory is identified by what its practitioners do, it would appear that this category now includes, among others, textual analysis, critical theory, postcolonial theory, comparative political theory, hermeneutics, normative theory, deconstruction, cultural criticism, political ethics, genealogy, psychoanalytic inquiry, the history of political thought, and linguistic analysis. If, alternatively, political theory is identified by the labels its practitioners are prone to pin on one another, we must add to this mix of approaches, among others, radical democrats, Nietzscheans, republicans, Habermassians, liberals, Straussians, greens, neo-Aristotelians, communitarians, Marxists (neo or otherwise), poststructuralists, Rawlsians, pragmatists, pluralists, and perhaps a few anarchists” (Kaufman-Osborn 2010, 657).

Con la llegada del siglo XX la teoría política en los Estados Unidos abandonó su preocupación normativa para acoger lo que a principios de siglo se entendía como un enfoque más científico, el evolucionismo histórico en la línea de Hegel (Harto de Vera 2006). En este segundo momento, que se extendió por las tres primeras décadas del siglo, la teoría política se siguió preocupando por los autores, las ideas y las instituciones, solo que ahora estas preocupaciones eran abordadas históricamente y con la presunción de que existía una línea evolutiva desde los pensadores griegos hasta los contemporáneos, demócratas y liberales. La defensa a la democracia liberal frente al fascismo y el comunismo fue una posición generalizada del momento en la teoría política, si bien este modelo de teoría política representada en la figura de Sabine creó una postura inédita en éste campo del saber: el relativismo.

El relativismo, surgido de la división que Sabine conceptualiza entre el nivel real o de los hechos, el nivel lógico, y el nivel de los valores en la teoría política, fue respondido entre los años treinta y cuarenta por los inmigrantes alemanes, que vieron en él la puerta de entrada para el totalitarismo. La crítica de autores como Strauss, Marcuse, Arendt, Voegelin, o Brecht a la teoría política estadounidense dio inicio al tercer momento de la subdisciplina en los Estados Unidos. Lo propuesto por estos autores fue “la recuperación de la Filosofía Política, al estilo de Platón y Aristóteles”(Harto de Vera 2006, 163). Este estilo implicaba un compromiso político con lo que habría de entenderse como un buen gobierno o un mal gobierno, lo que en últimas realzaba la importancia de los valores, algo visto por Sabine como un asunto que no podía tratarse debido a su naturaleza emocional y subjetiva.

Si bien la mitad del siglo XX se caracterizó por el debate entre los historiadores de la teoría política y a los filósofos políticos, ambos bandos estaban de acuerdo en la importancia del trabajo de los teóricos políticos desde la Grecia antigua hasta la actualidad (Harto de Vera 2006). Ese consenso fue roto por la revolución conductista, punto de inicio del tercer momento al que Harto de Vera hace referencia, que bebiendo de la prevención frente a los juicios de valor de los historiadores de la teoría política, entendió el trabajo de los teóricos políticos como humanístico y no científico. El enfoque científico necesitaba una teoría política empírica que lanzara leyes de validez universal sobre el comportamiento político de las personas. La demanda del positivismo fue oída por algunos teóricos políticos que vieron en la empresa conjunto de la ciencia empírica y la teoría política un campo interesante de trabajo. Sin embargo para autores como De Shalit, esta empresa fue negativa debido a la conjunción de dos proyectos epistemológicos distintos que tienen utilidad social por sí mismos: la búsqueda del deber ser y el relato de lo que es (De Shalit 2009).

El positivismo devino hegemónico en la ciencia política durante los

años sesenta, pero rápidamente abandonó sus pretensiones sobre la teoría política clásica, que tendió a seguir su camino independientemente de la empírica. El abandono de sus pretensiones se debió tanto a la enconada lucha de los filósofos políticos alemanes como a los desarrollos de la filosofía de la ciencia social de Thomas Kuhn. En 1969, con el anuncio de Easton de la revolución postconductista, la APSA reconoce la pluralidad al interior de la teoría política cuando divide su campo de estudio en tres: el campo histórico, el empírico y el normativo (Harto de Vera, 2006). En los años setenta, la teoría política se revitaliza con la aparición de Rawls y Nozick con sus obras *Teoría de la Justicia* (1971) y *Anarquía, Estado y Utopía* (1974), y a la recepción de los trabajos de la escuela de Frankfurt. Iris Marion Young en el *Nuevo Manual de Ciencia Política* (1996), diría que además de las teorías liberales, la revitalización de la teoría política se debe a la crítica feminista y a la teoría de la democracia (Marion Young 1996).

Lo anterior da inicio al momento contemporáneo de la teoría política que Harto de Vera denomina también como teoría política post-behaviorista. Este momento se caracteriza por la existencia de varios enfoques dentro de la teoría política: el de la historia del pensamiento político, el de los análisis de los conceptos políticos, el de la teoría normativa, y el de la política empírica. Como se ve en esta etapa se evoluciona a una pluralidad que no habría sido posible en una teoría política cooptada por el positivismo. La realidad no se ve de manera unificada, más bien se dirá que existe una multiplicidad de realidades que solo puede ser aprehendida a partir de múltiples estrategias metodológicas.

Diferente de la apreciación de Harto de Vera es la de Andrew Rehfeld, que en vez de ver a la teoría política como un todo plural articulado a la ciencia política, la ve como un conjunto dividido en dos (Rehfeld 2010). La primera sección del conjunto, la que sí pertenece a la ciencia política, es la teoría política que hace de los fenómenos políticos su primordial objeto de estudio. Esto lo hace desde la perspectiva sujeto-objeto de conocimiento, base fundamental del conocimiento "científico y objetivo". La segunda sección del conjunto, la que no pertenece a la ciencia política, es la que hace de los autores o los textos su primordial objeto de estudio. Lo anterior es realizado con la sospecha o el rechazo de la relación sujeto-objeto de conocimiento, además de apuntar a fines diferentes a la generación de conocimiento, por ejemplo el activismo político. En resumen se tiene que para Rehfeld la teoría política de la ciencia política es solo la empírica, dejando por fuera los demás enfoques que Harto de Vera hubiera mencionado.

Otro punto de vista en lo referente a la teoría política al interior de la ciencia política es el de Wendy Brown. A juicio de esta autora la teoría política es la puerta de entrada de las humanidades a las ciencias sociales. Por lo tanto es la entrada a la ciencia política de campos como "la filosofía, la literatura, la antropología cultural, la historiografía, y los

estudios culturales” (Wendy Brown 2010, 681-682). Las humanidades traen consigo complejas formas de entender el mundo, reflexiones epistemológicas y políticas críticas, observaciones sobre lo inestable y discontinuo que riñen con la manera positiva de entender a las ciencias sociales (Wendy Brown, 2010). La teoría política es por tanto un importante portal para el enriquecimiento de la ciencia política y para el cuestionamiento del *status quo*, algo difícil desde el positivismo que posa como unanarrativa efectiva para entender lo dado⁴.

Llegados a este punto, la presente investigación se decantará por entender a la teoría política como un campo de estudio humanista al interior de la ciencia política, polimorfa debido a sus múltiples enfoques, y encaminada no solo a la formación de nuevos conocimientos⁵, también a la crítica social, política y epistemológica. La razón de lo anterior está no solo en que es una síntesis de todas las posturas antes presentadas, estriba también en su rumbo histórico, uno que no es desconocido por ninguno de los autores tratados. La visión de Rehfeld es sin duda la menos representada aquí, pero ello es debido a su aparente estancamiento conceptual. Lo sostenido por él es lo mismo que sostuvieron en sus momento los politólogos de la generación de la revolución conductista, una posición que de acuerdo con la historia de la teoría política en Estados Unidos, fue superada ya hace más de cuatro décadas.

Ya que se ha presentado una definición de la teoría política, es pertinente hablar de los temas más relevantes que la han ocupado como parte integrante de la ciencia política. Sus temas han variado de manera importante de acuerdo con la coyuntura del momento. Así se tiene que la defensa de los derechos civiles en Norteamérica, la oposición a la guerra de Vietnam, o la desobediencia civil en los años setenta han marcado las reflexiones en torno a esta subdisciplina (Dryzek, Honig, y Phillips 2006). Arriba se había dicho ya como la teoría política histórica en su momento se encargó de defender al liberalismo de las propuestas totalitarias. Desde el *Oxford Handbook of Political Science* (2006), si existe algo que puede definir a la teoría política en términos de sus temas ha sido el liberalismo, que reinventándose perpetuamente ha logrado mantener temas como el constitucionalismo, el pueblo, la sociedad civil, la democracia, la ciudadanía, la justicia, la redistribución, la equidad, la libertad o la propiedad como un asunto central.

Recapitulando esta sección del artículo puede decirse que la teoría política como subdisciplina de la ciencia política ha debido hacer frente desde el principio al proyecto positivista moderno. Su función original,

⁴“Lo dado” es un asunto que, siguiendo a Foucault y sus penetrantes estudios sobre la historia de la locura, la clínica o las prisiones, se caracteriza por su contingencia. Por lo mismo, para entender la realidad debe superarse el positivismo, incapaz de capturar una realidad polimorfa.

⁵De conformidad con los requisitos positivistas y de mercado.

identificada en ese sentido con la filosofía normativa, era la realización del “deber ser”, uno que de acuerdo con los temas trabajados por este campo del saber sí parece haber sido identificado: la sociedad liberal democrática ideada en el siglo XVIII.

4. La teoría política confrontada

El liberalismo solo pudo haber sido la preocupación fundamental de la teoría política desde la fundación de la ciencia política por una idea fundamental que lo acompaña, la idea de la libertad. La promesa solemne del liberalismo moderno fue emancipar a los seres humanos de las cadenas que hasta el siglo XVIII habían tenido: la ignorancia, la corona, y la iglesia. La emancipación de la ignorancia se alcanzó mediante la destrucción de las ataduras religiosas que impedían el desarrollo del conocimiento. La corona dio paso a un sistema racional de gobierno que se caracterizaba por el debate de ideas y no se reducía a la realización de la voluntad de una persona. Y el nuevo lugar de la iglesia, ahora lejos de los asuntos humanos que iban más allá de lo concerniente a la propia institución eclesiástica, permitió el desarrollo autónomo de la personalidad, el arte, el conocimiento y el gobierno.

El liberalismo moderno permitió la realización de la razón a través de la emancipación, por ello no es difícil entender el motivo de que hayan sido los asuntos liberales los que dominaron la agenda de la teoría política. Tampoco es extraño que los asuntos que preocuparon a los teóricos políticos hayan tenido lugar en el espacio donde la razón se realizó: Europa y Estados Unidos. ¿Pero es correcto pensar que el proyecto liberal moderno es emancipador? ¿Es correcto suponer que la realización de la razón tuvo lugar en Europa y en Estados Unidos bajo el nombre de modernidad? En ninguno de los dos casos existe una afirmación correcta, y es por ello que la teoría política cae en el eurocentrismo, la marca más evidente del provincialismo de la ciencia social y de uno de los dispositivos de dominación más eficientes: la colonialidad en el saber.

Una afirmación como la anterior se sostiene por cuatro razones a la luz de lo expuesto en el segmento anterior: la creencia falsa de que el conocimiento auténtico siempre ha estado en Europa y ha sido defendido por ella desde los Griegos; la creencia falsa de que se produce un conocimiento objetivo; las preocupaciones provincialistas; y la nula importancia que se le ha dado a los desarrollos teóricos realizados en lugares del mundo diferentes a Europa como América Latina, que se manifiesta más que todo en la inexistencia de sus debates producidos ahí dentro de los debates y preocupaciones de la teoría política.

La creencia de que el conocimiento auténtico es producido por occidente desde los griegos hasta el presente no fue inventada por

la teoría política, pero lo que asumió la teoría política en su etapa temprana sí fue original por un detalle: el saber político auténtico ha sido producido por occidente desde los griegos hasta el presente. Recuérdese que en lo que podría llamarse como las dos primeras etapas de la teoría política, el estudio de los autores clásicos – todos aquellos occidentales importantes que van desde la Grecia Antigua hasta la Europa moderna – y el estudio de la historia de la teoría política – que abarca el mismo periodo pero con otro enfoque –, el estudio de lo político era entendido como algo que concernía solo a occidente. Sabine, el más grande representante de la historia de la teoría política, afirmaba que el saber político solo se había podido desarrollar en occidente porque solo fue hasta los griegos cuando se cruzó el “portal evolutivo” que permitió abandonar el mito para dar explicaciones racionales de la realidad (Sabine 2011).

Esa creencia tiene asidero en lo que Enrique Dussel llamó en principio el muro ontológico de occidente y luego el mito moderno. De acuerdo con esa creencia, los conocimientos producidos en Europa son superiores a los demás, y de ello se desprende la invalidación que la teoría política temprana hizo sobre otras formas de entender lo político – como las pudieron ser la egipcia, la china, la azteca, la chibcha o cualquier otra –. Pero ese no es el único problema de lo afirmado por la teoría política temprana, también lo es la creencia moderna de que Europa es heredera directa, tanto étnicamente como espiritualmente de Grecia. Dussel sostiene con fundamento que los griegos provienen étnicamente y culturalmente de los fenicios, los semitas, los egipcios y los pueblos del norte de los Balcanes, lo que haría que los europeos no gocen de esa pureza racial tan falsa como el mismo concepto de raza en términos biológicos. Por otro lado, Dussel también afirma que los herederos del pensamiento griego fueron los árabes y los musulmanes, que por cuatro siglos – desde el VIII hasta el XIII – custodiaron los clásicos griegos que en manos de los europeos del momento – sumidos en el oscurantismo de la edad media – se habrían convertido en cenizas (Dussel 2000).

Siguiendo, puede verse que la creencia sostenida por la teoría política temprana – que se ha mantenido bajo otras formas en todas sus etapas como un presupuesto implícito de la subdisciplina – es eurocéntrica por un lado, y mítica por otro. Si la teoría política quiere abandonar su provincialismo debe empezar por explorar y reconocer las tradiciones distintas a la europea, algo que se viene realizando recientemente con la llamada teoría política comparada, no exenta de problemas importantes como la ausencia de una definición de teoría política. Por otro lado debe reconocerse lo que podría llamarse como el cosmopolitismo del conocimiento, rastreable en los orígenes de lo que se ha querido entender como una empresa que tiene su inicio en una Grecia carente de lazos con otras civilizaciones, cuya herencia fue guardada solo por los europeos.

La creencia falsa de que puede producirse conocimiento objetivo es, como se dijo arriba, otro de los problemas que hacen de la teoría política un saber colonizado. En este punto vale la pena decir que la teoría política es ambivalente: por un lado está la teoría política empírica, y por otro lado está la teoría política clásica, preocupada más por el deber ser que por lo que “es”, y valga decir, más propensa a la crítica que su contraparte empírica. Pero hay algo que estas dos variantes de la teoría política parecen compartir implícitamente, un presupuesto que pocas veces se pone en duda, el de la infalibilidad de la razón moderna, razón que se construyó en Europa por el desarrollo que alcanzó en el siglo XVIII.

Santiago Castro-Gómez encuentra en ese principio moderno – la infalibilidad de la razón moderna – el problema de pretender que con una mirada analítica sobre las cosas se logre lo mismo que con una mirada orgánica. A ese problema le puso el nombre de *hybris* del punto cero. Castro-Gómez define su modelo de la *hybris* del punto cero así:

Podríamos caracterizar este modelo, utilizando la metáfora teológica del Deus Absconditus. Como Dios, el observador observa el mundo desde una plataforma inobservada de observación, con el fin de generar una observación veraz y fuera de toda duda. Como el Dios de la metáfora, la ciencia moderna occidental se sitúa fuera del mundo (en el punto cero) para observar al mundo, pero a diferencia de Dios, no consigue obtener una mirada orgánica sobre el mundo sino tan sólo una mirada analítica. La ciencia moderna pretende ubicarse en el punto cero de observación para ser como Dios, pero no logra observar como Dios. Por eso hablamos de la *hybris*, del pecado de la desmesura. Cuando los mortales quieren ser como los dioses, pero sin tener capacidad de serlo, incurrir en el pecado de la *hybris*, y esto es, más o menos, lo que ocurre con la ciencia occidental de la modernidad. De hecho, la *hybris* es el gran pecado de Occidente: pretender hacerse un punto de vista sobre todos los demás puntos de vista, pero sin que de ese punto de vista pueda tenerse un punto de vista.

En la teoría política la *hybris* del punto cero se manifiesta entonces en su fe casi que sin límites sobre la modernidad y su gesta emancipadora desde el conocimiento. Una fe que termina por olvidar que es solo un punto de vista más dentro de un conjunto de puntos de vista que tienen tanto fortalezas como debilidades. Ninguno de esos puntos de vista tiene el poder y la certeza que permitiría el de algún dios. La fe en la razón moderna debe ser pasada por el rasero de la crítica si la teoría política ha de pretender el abandono de su eurocentrismo. Es importante también el reconocimiento de que la modernidad no empieza en el siglo XVIII con los aportes del iluminismo, pues de esa

manera se hace invisible un proceso de colonización del conocimiento que empieza con el discurso de sangre el siglo XVI. Ese discurso inicial tan solo se adapta a la nueva realidad europea del siglo XVIII, una realidad marcada entre otras cosas por la independencia frente a la iglesia, dejando los efectos del discurso de sangre impolutos.

Las preocupaciones provincialistas de la teoría política se hacen evidentes en las temáticas que ha abordado como principales a lo largo de su historia, temáticas que fueron señaladas en la sección anterior. El problema que hace de estas preocupaciones algo marcadamente provincialista es su incapacidad de percibir el mundo como algo que supera al norte global. La extensión y mantenimiento de la democracia, los derechos civiles, la igualdad, el Estado de derecho y muchas otras preocupaciones liberales no dejan de ser vigentes para todo el mundo ¿pero qué pasa cuando la modernidad liberal se ha construido sobre el desprecio y la destrucción de lo distinto? ¿Qué pasa cuando se ignora el rol subalterno del sur global frente al norte en términos de lo político, lo económico, y hasta lo epistémico? El resultado es una teoría política que no ha logrado ver más allá del muro ontológico del que hablara Dussel en 1975, donde debido a la asumida superioridad del norte sobre el sur, se entiende que las preocupaciones de lugares como América Latina, Asia, o África son insignificantes, y por lo tanto lo que le importa al mundo son las realidades y reflexiones del norte.

Este provincialismo lleva necesariamente a la cuarta razón para afirmar el eurocentrismo de la teoría política: el eco inexistente de las preocupaciones y reflexiones del sur global en las academias del norte. Antes de continuar con este argumento es necesario decir que, a diferencia de lo que puedan pensar algunos radicales en la defensa del pensamiento latinoamericano, es difícil probar la existencia de una exterioridad de este pensamiento frente al pensamiento proveniente del norte. En gran medida los debates latinoamericanos han respondido a los del norte, y por ello pensar que hay un pensamiento completamente original, prístino, que haya sido desatendido por parte del norte es una ficción. Lo que es real es el hecho de haber ignorado en las academias del norte los resultados de los debates latinoamericanos, muchas veces con propuestas originales que respondían a lo que significaba ser en el sur. El hecho de ser ignorados en el norte no sería tan importante si la enseñanza en el sur, en orden a ser entendida como relevante, tuviera que integrar en sus currículos lo debatido y desarrollado en el norte.

Eduardo Devés, en un recorrido por la historia del pensamiento latinoamericano del siglo XX, dirá que en América Latina los debates filosóficos han rebotado entre las posturas en favor de la identidad americana y las posturas en favor de la modernización – el proyecto de civilización europeo y norteamericano – (Devés 2000). Si bien los diferentes debates que se reeditan en esos dos frentes muchas veces responden a los realizados en el norte global, no hacen parte, ni por asomo, de los debates referenciados en los grandes hitos de la teoría

política. Aún hoy, con un mundo mucho más conectado, es difícil encontrar que preocupaciones actuales como la colonialidad inherente a la modernidad sea un problema importante en las academias del norte.

Pese a lo dicho hasta ahora sería injusto desconocer que existen esfuerzos por parte de académicos en el norte para incorporar a los debates que allí se dan los problemas de ser en el sur. Es un esfuerzo que han realizado sobre todo los intelectuales que provienen de las antiguas colonias de los imperios del siglo XIX y los de América Latina. Pero antes que solo integrar los debates que en el sur global se dan, la teoría política debe concientizarse de su imbricación en la colonialidad del saber. Es imprescindible para una descolonización de la teoría política la conciencia plena de la modernidad como un fenómeno global y no solo europeo, la conciencia de que el liberalismo no es emancipación para todos – no lo fue nunca en el norte global, con menos méritos lo será en todo el mundo -, y la conciencia de que existe algo más que Europa y su tradición intelectual, escondido en lo que desde el siglo XVI ha sido vilipendiado de salvaje o bárbaro.

Bibliografía

- Brown, Wendy. 2010. «Political Theory Is Not a Luxury: A Response to Timothy Kaufman-Osborn's "Political Theory as a Profession"». *Political Research Quarterly* 63 (3): 680-685.
- Castro-Gómez, Santiago. 2005. *La Poscolonialidad Explicada a Los Niños*. Universidad del Cauca.
- De Shalit, Avner. 2009. «Political Philosophy and Empirical Political Science: From Foes to Friends?» *European Political Science: EPS* 8 (1): 37-46.
- Devés, Eduardo. 2000. *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*. Vol. 1. 3 vols. *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad*. Buenos Aires: Biblos.
- Dryzek, J, B Honig, y A Phillips. 2006. *The Oxford Handbook of Political Science*. New York: New York University Press.
- Dussel, Enrique. 2000. «Europa, modernidad y eurocentrismo». Editado por Edgardo Lander. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales: perspectivas latinoamericanas /*. Buenos Aires, Argentina:: CLACSO.
- Escobar, Arturo. 2003. «Redalyc- Artículo: Mundos y conocimientos de otro modo. El programa de investigación de modernidad/colonialidad latinoamericano - Tabula Rasa». Disponible aquí.

- Gunell, J.G. 2006. «The Founding of the American Political Science Association: Discipline, Profession, Political Theory, and Politics.» *American Political Science Review*, 100 (4): 479–486. doi:10.1017/S0003055406062320.
- Harto de Vera, Fernando. 2006. *Ciencia Política y Teoría Política Contemporánea*. Trotta.
- Kasza, Gregory. 2006. «Unearthing the roots of hard science. A program for graduate students.» En *Making Political Science Matter. Debating Knowledge, Research and Method.*, 222-233. New York: New York University Press.
- Kaufman-Osborn, T.V. 2010. «Political theory as profession and as subfield?» *Political Research Quarterly* 63 (3): 655-673.
- Lander, Edgardo. 2000. «Ciencias Sociales: Saberes coloniales y eurocéntricos». En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Lander, Edgardo, y Santiago Castro-Gómez. 2000. *La colonialidad del saber : eurocentrismo y ciencias sociales : perspectivas latinoamericanas /*. 1. ed. Buenos Aires, Argentina :: CLACSO.,.
- Marion Young, Iris. 1996. «Teoría Política: Una Visión General.» En *El Nuevo Manual de Ciencia Política*, Robert Goodin y Hans-Dieter Klingerman. Madrid: Ediciones ISTMO.
- Quijano, Anibal. 2000. «Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina». En : *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*, Edgardo Lander. Buenos Aires: CLACSO.
- Rehfeld, A. 2010. «Offensive political theory». *Perspectives on Politics* 8 (2): 465-486.
- Sabine, George. 2011. *Historia de la Teoría Política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Schatzki, Theodore. 2006. «Social Science in Society». En *Making Political Science Matter. Debating Knowledge, Research and Method.*, 117-133. New York: New York University Press.
- Wallerstein, Immanuel. 1996. *Abrir Las Ciencias Sociales: Informe de la Comisión Gulbenkian para la Reestructuración de Las Ciencias Sociales*. Siglo XXI.
- Walsh, Catherine. 2007. «¿Son posibles unas ciencias sociales/culturales otras? Reflexiones en torno a las epistemologías decoloniales.» *Nomadas* (26): 102-113.